Dup

Un loco hace ciento.

A

tos de alguna importancia que las componen; su historia antigua, sus varias vicisitudes, [illegible] época moderna hasta la presente; sus hijos mas notables ó los que mas se hayan distinguido en ellos; sus fiestas mas populares; su poblacion, industria, comercio, artes, producciones, iqueza, impuestos; en una palabra, su estadística actual, considerada bajo todos sus aspectos y relaciones.

Esta obra irá exornada con *viñetas* intercaladas en el testo, y una GALERIA DE RETRATOS y vistas, dibujados y grabados espresamente para esta publicacion por los mejores artistas españoles y estranjeros.

Pero no será meramente un repertorio de memorias ó ilustraciones para las personas que busquen lectura instructiva y agradable, sino un compendio utilísimo de noticias, una coleccion de guias para los viajeros que deseen averiguar cuanto haya de notable, de curioso, de preferible en toda poblacion de las que recorran, sea con relacion á sus antigüedades, edificios y establecimientos, sea atendiendo á las comodidades de la vida y á los medios mas á propósito para subsistir agradable y convenientemente en cada punto.

Constará, pues, nuestra obra:

I. De una introduccion que irá al frente de la crónica de cada provincia, con el objeto de dar á conocer su historia antigua, sus divisiones territoriales y las metrópolis, cabezas ó estados de que en otro tiempo dependieron.

II. De la descripcion topográfica de las mismas provincias con todas las partes y pormenores que la constituyan, el catálogo de todos sus pueblos, y cuanto de particular haya que esponer respecto á cada uno de ellos.

III. De la reseña histórica de los acontecimientos mas notables ocurridos, ya general, ya

UN LOCO HACE CIENTO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Estrenada en el Teatro del Príncipe el dia 10 de Junio, á beneficio de la primera actriz doña Josefa Palma.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia

N.º 217.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 14.
1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unlocohaceciento02ariz

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

721988

PERSONAJES.	ACTORES.
CONSUELO.	Doña Josefa Palma.
ROSA.	Doña Francisca Tutor.
DOÑA PRÁGEDES. . . .	Doña Concepc. Sampelayo.
FERNANDO	Don Julian Romea.
ENRIQUE.	Don Florencio Romea.
DON LUCAS	Don Antonio Pizarroso.
TOMAS.	Don José Perez Plo.

La escena en Madrid, en casa de D. Lucas.
Epoca: junio de 1853.

ACTO PRIMERO.

Una sala bien amueblada con dos puertas colaterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

Doña Prágedes, *que aparece en escena, y* Tomas *que entra por el foro cargado con varios botes de pomadas y cosméticos y una cajita de carton.*

Prag. Gracias á Dios que has llegado,
Tomás.
Tomas. Paciencia, señora;
que sin el menor motivo
riñe usted y se incomoda.
(Vá colocando sobre un velador los tarritos.)
Para reunir estos diges
tuve que echar una ronda,
y, para un pobre vejete,
á fé que no ha sido corta.
Usted no quiere que traiga

de un punto todas las drogas,
y andando de ceca en meca
pronto se pasan las horas.
Aquí tiene usted de Fortis
la opiata para la boca,
leche virginal, carmin,
colcrem y agua de colonia.
De Peltan miel de Inglaterra,
y pomada de Magnolia.
Pasta de almendras de la
Perfumería Española;
cepillos de las tres B. B. B.
y peines de la Corona.
(*Abriendo la caja.*)
Aquí están tambien los rizos,
y el postizo; y con sus bromas
me ha entretenido Pelaez,
el peluquero de moda,
veinte minutos; de suerte
que si en hacer tantas compras
he tardado mucho, venga
Dios y dígalo.

PRAG. Te enojas,
mi buen Tomás, por muy poco.

TOMAS. Y á fé que razon me sobra.
Me desvivo por cumplir,
y usted lo sabe bien, todas
sus órdenes, y despues
dice que tardo.

PRAG. Qué importa,
si todos reconocemos
tu fidelidad notoria,
y que nadie como tú
sabe comprar estas cosas?
Contenta quedo de tí;
y si te reñí, perdona.

TOMAS. Si ha quedado usted contenta...

PRAG. Sí, Tomás, quedo gustosa.

TOMAS. Pues en ese caso...

ESCENA II.

DOÑA PRÁGEDES.—TOMÁS.—DON LUCAS *por el foro.*

LUCAS. Hermana.
¿Qué es eso, viejo carcoma?
Te has traido, segun veo,
toda una tienda de drogas.
¿Piensas, Prágedes, poner
una droguería en forma?
PRAG. Pienso que nada me falte
en mi tocador.
LUCAS. De sobra
tendrás con tantos mejuges.
Pero, Prágedes, *la mona*
aunque se vista de seda,
mona se queda.
PRAG. Te mofas
de cuanto el buen tono exige
á quien, por decencia propia,
no quiere hacer el papel
de una dueña quintañona.
LUCAS. Has pasado el equinocio,
y por mas que te compongas,
no conseguirás borrar
una fecha algo remota.
PRAG. No soy tan vieja.
LUCAS. No deben
aun llamarte sesentona;
pero tus últimos triunfos,
si no miente mi memoria,
fueron cuando lo romántico,
Prágedes, estaba en boga.
Por cierto que, agradecida
á quellas últimas glorias,
con insistencia y esmero
conservas en tu persona
algo que me sabe á
Margarita de Borgoña.
Y si pretendes tus años

saber, sin que falte coma
ni punto, Tomás dirá
cuantos tienes.

TOMAS. No me toca,
señor, sacar á colada
los años de la señora.
Solo sé que usted la lleva...

LUCAS. Diez años, cuenta redonda.
Y como cincuenta y nueve
cumpliré la pascua próxima,
quitando diez, claro está
que restan.

PRAG. Tú te equivocas.

LUCAS. No me equivoco...

PRAG. Pues, calla;
si no quieres que nos oigan
los sordos.

LUCAS. Callaré.

PRAG. *(A Tomás.)*
Lleva
estos frasquitos á Ambrosia,
y encárgala que al momento
en mi tocador los ponga.
(Se vá Tomás.)

ESCENA III.

DOÑA PRÁGEDES.—DON LUCAS.

LUCAS. Me traes hecho un azacan,
hermana, á ese pobre viejo.

PRAG. A quien no pide consejo
solo los necios le dan.

LUCAS. No pienses que pretendí
aconsejar, que, en conciencia,
tienes bastante esperiencia
para aconsejarme á mí.
Separarte no pretendo
de tu condicion y aliño;
de condicion cambia el niño,
y tú, hermana...

PRAG. Ya te entiendo.
LUCAS. Ni el corazon me traspasa,
para exhalar triste queja,
que una romántica vieja
tenga su trono en mi casa.
Pero nunca te perdono,
y por ello armaré riña,
que á una romántica niña
levantes aquí su trono.
De juventud y hermosura,
rica, hará un año, Consuelo
llegó á casa, ángel del cielo,
por lo hermosa y por lo pura.
Y con tu influjo fatal,
aunque parece imposible,
á Consuelo de sensible
has hecho sentimental.
Esto, hermana, me dá horror.
Ve con tiento, é imagina
que yo soy de mi sobrina
el responsable, el tutor.
Huérfana de padre y madre
es, ambos á mi cuidado
la pusieron, y á mi lado
no le hará falta su padre..
Ni necesita ni espera
dote de mí, por fortuna
quedó, al morir ellos, una
rica, muy rica heredera.
Y así, cumpliendo leal
mi sagrada obligacion,
debo buena educacion
darla, y tú la educas mal.
PRAG. Me ha sorprendido en verdad,
y asi decírtelo quiero,
tu tono de misionero
y tu aire de autoridad.
Con bromas entraste aquí,
Lucas, seguiste con bromas:
¿por qué de repente tomas
un aire tan sério, dí?
¿Por qué en tono doctoral
ejerces el magisterio

de tutor?...

LUCAS. Porque esto es sério,
aunque yo soy muy jovial.
Reconvenirme podria
con harta razon despues
Consuelo...

PRAG. ¿Pues qué no es
Consuelo sobrina mia?
Sobrino mio Fernando
es tambien, sobrino era...
lo educaste calavera...
¿me dirás cómo ni cuándo
puse dique á tu capricho?...
Lo hiciste alegre, burlon...
esa fué su educacion...
Lucas, yo nada te he dicho.
Sí; atropellando por todo,
te dejé con tu rutina,
yo tambien á mi sobrina
quiero educar á mi modo.
Que quien educó, pardiez,
á un muchacho calavera,
una niña bachillera
educaria tal vez.
Cada cual por su camino
prosiga, y es lo mejor.

LUCAS. Fernando es hombre de honor,
buen pariente y buen marino.

PRAG. Cierto; convengo en que sí,
hermano; pero Consuelo,
es hoy tan angel del cielo
como cuando vino aquí.

LUCAS. Convengo con ello, hermana.
¿Mas, por la senda que va,
quién sabe lo que será,
si no se tuerce, mañana?
Si romántica la viera...
¡Oh! qué horrible desatino!

PRAG. ¿No he visto yo á mi sobrino
busca ruidos, calavera?
Siempre inconstante en amor,
rompiendo la fé empeñada,
y cambiando una estocada

con su eterno buen humor.
Pues deja, Lucas, correr
la educacion de Consuelo,
y verás como mi celo
hace de ella una mujer,
fiel, sensible, enamorada,
entusiasta en su cariño,
siempre con alma de niño...

LUCAS. Siempre infeliz y engañada.
Con luto siempre en la faz,
con lágrimas en los ojos,
llena de penas y antojos
como tú.

PRAG. Déjame en paz.

LUCAS. Corriendo tras la quimera
de algun amante ideal,
pasará la vida mal,
y se morirá soltera.

PRAG. Cuando la vida pasamos
en convulsiones del alma,
es buen adorno la palma...

LUCAS. Para el domingo de ramos.

PRAG. Siempre te burlas glacial
de lo mas santo...

LUCAS. Me rio
de tus antiguallas.

ESCENA IV.

DOÑA PRÁGEDES.—DON LUCAS.—ENRIQUE *por el foro.*

ENRIQUE. Tio...

LUCAS. ¿Qué quieres? Otro que tal.

ENRIQUE. (*Dándole una carta.*)
Tome usted.

LUCAS. *(Mirando el sobre.)*
De Andalucia...
¡Letra de Fernando!

ENRIQUE. Sí.

LUCAS. (*Despues de leer.*)
Hoy le tendremos aqui.

PRAG. ¿Cuándo?

LUCAS. Hoy mismo. ¡Qué alegría!
PRAG. ¡Qué sorpresa tan estraña!
¿Pues no escribió el mes pasado
desde Méjico?
LUCAS. Ha llegado
con su bergantin á España.
Y deseoso de darme
un abrazo, en nuestras costas
salta en tierra, toma postas,
y viene, hermana, á abrazarme.
Asi ese calaveron
corresponde, ese marino.
Mira como mi sobrino
me paga mi educacion.
PRAG. No hay nada mas natural.
LUCAS. Con su proceder me encanto.
Dudo que hiciera otro tanto
un mozo sentimental.
PRAG. ¿Otra vez á tu mania
vuelves?
LUCAS No hablemos mas de ello,
que hoy todo llevará el sello
del placer, hermana mia.
Manda que su habitacion
quede al punto preparada,
que yo á esperar su llegada
me marcho sin dilacion.
Pues sosiego no confio
tener, ni paz duradera,
hasta ver al calavera
en los brazos de su tio.

ESCENA V.

DOÑA PRAGEDES.—ENRIQUE.

PRAG. Ya escapó como un cohete.
ENRIQUE. Llega el sobrino á quien ama.
PRAG. Segun ha empezado el drama,
buen desenlace promete.
Nuestra casa otra Babel

será, bulla y griteria.
ENRIQUE. Mucho sufriremos, tia,
Consuelo y los dos con él.
Turbará nuestro reposo
y nuestras gratas lecturas,
haciendo mil travesuras.
PRAG. Cierto que es muy revoltoso.
Recuerdo cuando cruel,
mientras que yo declamaba
el malvado parodiaba
los amantes de Teruel.
Y no se me olvida el dia
en que cogió mis postizos,
y salió con cofia y rizos
haciendo á *doña Mencia.*
Mil escenas diferentes
nos regalará, y es llano
que se las reirá mi hermano
á mandíbulas batientes.
ENRIQUE. ¡Ay!
PRAG. ¿Por qué gimes, sobrino?
ENRIQUE. Señora, porque recelo
que separará á Consuelo
de nuestro santo camino.
Camino de bendicion,
senda de flores sembrada,
donde la cabeza es nada
porque es todo el corazon.
Donde toma el pensamiento
cada vez un nuevo giro,
y es un lúgubre suspiro
el mas delicado acento.
Senda que á la juventud
en mundos inmotos lanza,
y coloca la esperanza
mas allá del ataud.
PRAG. Sí; y en un mundo ideal,
brinda al inflamante seno
las dulzuras del veneno,
los encantos del puñal.
La blanda palpitacion
de prematura agonía...
ENRIQUE. ¡Cuando subiremos, tia,

á esa encantada region;
en donde la luz no es es luz,
el aliento no es aliento,
y se oculta el firmamento
con su lúgubre capuz:
para que en dichosa suerte,
llevando triunfales palmas,
vivan ocultas las almas
que une piadosa la muerte!

PRAG. Sigue, Enrique.

ENRIQUE. No, por Dios,
que así nos atormentamos.

PRAG. Qué noblemente marchamos
por nuestra senda los dos...
Y con tu ardiente heroismo,
Enrique, capaz me siento
de hacer el renacimiento
de un nuevo romanticismo.
Consuelo marchará fiel
por senda tan seductora.

ENRIQUE. Puede volverse, señora,
que es romántica novel.
Si largo tiempo valiente
por ella hubiese marchado,
si nuestro sello marcado
llevara sobre su frente:
yo le viera ante el abismo
sereno, con noble calma;
mas siento perder un alma
¡ay! para el romanticismo.

PRAG. Es indigno ese temor
de quien tiene fé segura.

ENRIQUE. Pues lidiemos con bravura
con nuestro competidor.
A la faz de tierra y cielo
lidie bando contra bando;
y alejemos á Fernando
de la amistad de Consuelo.
En esto no hay egoismo,
no consulto mi interés,
defiendo la causa, pues,
del santo romanticismo.

PRAG. A tu lado me tendrás.

ENRIQUE. Pues fé, esperanza y denuedo.
PRAG. Combatiremos sin miedo.
ENRIQUE. ¿No cederemos?
PRAG. ¡Jamás!

ESCENA VI.

ENRIQUE.

No hice el papel de comparsa
por cierto. Sudando estoy,
y al traste conmigo doy
si se prolonga la farsa.
Me fuerza destino esquivo
á representar así;
y hago el romántico aquí
yo, que soy tan positivo.
¡Pobreza, pobreza impía,
me llevas por tal sendero
porque asi saco el dinero
del bolsillo de mi tia!
Y en tanto que me amenazas
con la abyeccion ó la muerte,
yo trabajo por vencerte,
que hombre pobre todo es trazas.
Y he de vencer tu tirano
rigor á fuerza de anhelo,
como logre de Consuelo
pescar el dote y la mano.
Por una senda los dos
marchamos; sus pasos guia
esa loca de mi tia,
y yo, cerca, voy en pos.
Un poco siempre avanzando
mi intento se cumplirá...
pero recelos me dá
la venida de Fernando.
Fernando es rico, buen mozo;
Consuelo jóven y bella,
si el marino gusta de ella
cayó mi dicha en un pozo.

Perder el dote seria
contrariedad muy funesta...
No desmayemos. Me resta
la proteccion de mi tia.

ESCENA VII.

ENRIQUE.—ROSA *por la izquierda.*

ROSA. ¿Qué haces, Enrique?
ENRIQUE. Batallo
con mis pensamientos, prima.
ROSA. Romántico, deja pronto
tu eterna melancolía.
ENRIQUE. Qué quieres, cada cual tiene
en este mundo su fibra:
yo para el dolor nací,
y tú para la alegria.
ROSA. Obligados á pasar
de cualquier modo la vida,
en vez de entregarla al llanto
prefiero darla á la risa.
ENRIQUE. Haces bien, niña dichosa,
para el contento nacida,
ya que no tienes un alma
sensible como la mia.
Pero, una conversacion
dejando que me lastima,
por si no la sabes, Rosa,
quiero darte una noticia.
El capitan de fragata,
nuestro primo...
ROSA. ¿Desde Lima
escribe tal vez?...
ENRIQUE. No. Escribe...
ROSA. ¿Desde?...
ENRIQUE. Desde Andalucia.
ROSA. Me alegro.
ENRIQUE. Rosa, y en breve
debe llegar á la villa
y corte de Madrid.

ROSA. ¿Cuando?
ENRIQUE. Quizás esta tarde misma.
ROSA. ¡Cuanto me alegro!
ENRIQUE. ¿Te alegras?
ROSA. Sí; él por toda la familia
se desvive, y nos traerá
vestidos ó pedreria.
Ademas, hace tres años
que lo perdimos de vista,
y me costó algunas lágrimas,
lo confieso, su partida.
ENRIQUE. ¿Amas á Fernando?
ROSA. ¡Enrique!
ENRIQUE. No vengas con evasivas.
¿Amas á Fernando?
ROSA. Siento
por él dulce simpatia.
ENRIQUE. ¿Nada mas sientes por él?
ROSA. ¿Qué quieres que yo te diga?
ENRIQUE. Te comprendo. Tú quisieras,
y aun lo tuvieras á dicha,
ser á su tiempo y sazon
capitana de marina.
ROSA. No diré que no.
ENRIQUE. Pues, Rosa,
tu propósito peligra.
ROSA. Fernando llega.
ENRIQUE. El peligro
lo encuentro yo en su venida.
ROSA. No te comprendo.
ENRIQUE. La prueba
te daré. ¿Quieres oirla?
ROSA. Habla.
ENRIQUE. Fernando á Consuelo
dejó cuando era muy niña,
y ahora la hallará á su vuelta
hecha una moza y bonita.
Primos son de padre y madre,
que antes de morir querian
ver en un tiempo su prole
y sus fortunas reunidas.
Este proyecto quedó
vinculado en la familia,

y es difícil que don Lucas
de realizarlo desista.
De sus dos madres hermanas
fueron la tuya y la mia,
que se casaron con hombres
de fortunas muy mezquinas.
Huérfanos los dos quedamos,
y tan pobres por desdicha,
que cuanto somos debemos
al buen tio y á la tia.
Tú no tienes otro dote
que tu hermosura, querida,
y en un mundo tan métalico
no es dote de grande estima.
Licenciado soy en leyes,
y el título, por mi vida,
no vale mas que un billete
no premiado en loterías.
Que el oro va tras el oro,
es observacion antigua,
y á competir con Fernando
no se eleva mi osadía.
Fernando es rico heredero,
Consuelo heredera rica,
¿esperas tú que el marino
á la novia pobre elija?

ROSA. Me has hecho pensar, Enrique:
y, apreciando la justicia
de tu observacion, confieso
que perderé la partida.

ENRIQUE. Pues el ganarla es cuestion
de consecuencia infinita,
y bien merece que hagamos
las mas sérias tentativas.

ROSA. ¿Qué podremos intentar
por tu parte y por la mia?

ENRIQUE. Alejemos lo primero
toda sombra de mentira.

ROSA. Franqueza de parte á parte.

ENRIQUE. Tú haces galas de loquilla,
porque no gustan al tio
las gentes contemplativas.

ROSA. Primo...

ENRIQUE. Confiesa.
ROSA. Es verdad.
ENRIQUE. Por embaucar á la tia,
hago alarde de romántico
con mi cara acontecida.
ROSA. ¿No eres romántico?
ENRIQUE. Nada.
Estas melenas me irritan,
y á diez mil dramas llorones
prefiero unas seguidillas.
ROSA. Me sorprendes...
ENRIQUE. ¿Te sorprendo?
Pues ahí verás.
ROSA. ¡Quién diria
que eran farsa, pura farsa,
tus aflicciones contínuas!
ENRIQUE. La máscara cubre siempre
á la cara positiva,
y encontraras un farsante
al volver de cada esquina.
ROSA. Dices bien.
ENRIQUE. Ahora si quieres
hará, y en ello medita,
nuestra pobreza alianza
defensiva y ofensiva.
ROSA. No encuentro mejor partido.
ENRIQUE. Pues la ocasion es propicia.
En el alma de Consuelo
va inculcando nuestra tia,
y yo secundo sus planes,
sus lamentables doctrinas.
La heredera, aunque con tardo
paso, marcha por la via,
y no se pierde del todo
la romántica semilla.
Fernando es vivo, es alegre,
le gusta la gente viva,
y la sola voz *romántica*
le hiela y atemoriza.
Manejando con cautela
sus condiciones distintas,
despertemos entre ellos
profundas antipatias.

ROSA. El plan es hábil.
ENRIQUE. ¿Lo apruebas?
ROSA. Con toda el alma.
ENRIQUE. Pues, prima,
desde este mismo momento
jueguen nuestras baterias.
Yo contaré de Fernando
travesuras infinitas,
y tú al defenderlo...
ROSA. Entiendo.
No necesito que digas
mas.
ENRIQUE. Con mucho tacto...
ROSA. Calla,
que Consuelo se aproxima.

ESCENA VIII.

ENRIQUE.—ROSA.—CONSUELO *por la derecha con un libro en la mano.*

ROSA. Te vi en el jardin.
CONS. Leia,
sentada al pié de un rosal,
una preciosa oriental
de incomparable poesia.
En tanto, que con sus galas
ufana, de rosa en rosa
saltaba una mariposa
batiendo sus leves alas.
Y un amante ruiseñor,
en la enramada perdido,
entonaba junto al nido
una cántiga de amor.
Y reflejaba una fuente
ese nacarado rayo
que el sol lanza con desmayo
al sepultarse en Oriente.
Formando el puro cristal,
la pintada mariposa,
el ruiseñor y la rosa
una sublime oriental.

ROSA. En el jardin, mil primores
encuentra tu fantasia.
CONS. Tengo amistad, prima mia,
con sus fuentes y sus flores.
Porque esta amistad mantengo
y en ella constante soy,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.
ROSA. Festiva y galana juega
tu rica imaginacion
con pensamientos que son
del Fénix Lope de Vega.
CONS. Con los sublimes acentos
del Fénix, Rosa, te digo:
que á mí, para estar conmigo
me bastan mis pensamientos.
ROSA. ¡Oh! pensamientos tendrás...
CONS. Bellos, pues son de mi agrado.
(A Enrique.)
¿Qué tienes? Estás callado.
ENRIQUE. Escuchándote y no mas.
CONS. ¿Acaso exagero?
ENRIQUE. No.
Si te escuchase la tia,
Consuelo, te admiraria
¡ay! como te admiro yo.
Porque con tu dulce acento,
con tu rostro celestial,
eres un bello ideal,
una flor del pensamiento.
Huri del orientalismo,
ángel puro del Señor;
y lo que es mas, la mejor
joya del romanticismo.
CONS. Tú me ofreces una palma
que yo no debo cojer,
solo soy una mujer
que siente con toda el alma.
Hácia lo bello mi amor
corre entusiasta y ardiente,
y amo lo mismo á la fuente,
que al pájaro y á la flor.
Se cifra todo mi afan

en querer y en ser querida...
ENRIQUE. ¡Y perturbará esta vida!...
CONS. ¿Quién, Enrique?
ENRIQUE. El capitan.
CONS. No sé de qué estás hablando.
ROSA. Yo tampoco lo sospecho.
ENRIQUE. Entrará bajo este techo...
CONS. ¿Quién?
ENRIQUE. Nuestro primo.
CONS. *(Alegre.)*
¿Fernando?
ENRIQUE. ¿Te alegras?
CONS. Mucho. ¿Tú no?
ENRIQUE. Sí, Consuelo. Yo lo estimo
mucho, mucho, como á primo;
mas como carácter, ¡oh!
De su cabeza el babel
me confunde y me lastima.
¡Ay! ¡qué diferencia, prima,
entre nosotros y él!
Inconstante y aturdido,
como los olas y el viento,
el mundo del sentimiento
en su vida ha conocido.
Se burla de las pasiones,
la música y la poesía,
y es su mejor melodía
el tronar de los cañones.
No se enternece jamás:
nuestros ensueños quimeras
llama.
ROSA. Enrique, tú exageras:
es alegre y nada mas.
Emprendedor, agil, vivo,
sin penas y sin encono,
es comunmente su tono
franco, jovial y festivo.
Su libre imaginacion
huye de toda cadena,
y de la pasion agena
se burla sin compasion.
Pero, soldado valiente,
cumple su honroso destino,

y, ademas de buen marino,
es generoso pariente.
¿Opinas como yo?

CONS. Prima,
yo no sé si me equivoco,
pues lo he tratado muy poco,
pero merece mi estima.
Niña me dejó, despues
ha seguido su carrera.
Puedo decir cómo era,
pero no se cómo es.

ENRIQUE. Debes conocerlo, cuando
la Providencia lo envia.
Pregunta por él á tia.

ESCENA IX.

ENRIQUE.—ROSA.—CONSUELO.—DOÑA PRÁGEDES.

PRAG. ¿De quién hablais?

CONS. De Fernando.

PRAG. ¿Sabes que debe llegar?

CONS. Ahora, Enrique, su llegada
me anunció.

PRAG. Muy preparada
te debe el primo encontrar.

CONS. ¿Por qué?

PRAG. Porque sentiria
encontrar un enemigo
que compitiera conmigo

CONS. ¿Con usted, amada tia?

PRAG. Temo que intente arrancarme
tu cariño, hermosa prenda,
y que entable la contienda
solo por mortificarme.

CONS. Si mostrase empeño tal,
vano su empeño seria.

PRAG. El aborrece, hija mia,
todo lo sentimental.
Con sus burlas, desde niño,
me persigue impertinente;
y no estrañaré que intente

privarme de tu cariño.
CONS. No lo logrará. Yo estoy
de querer á usted ufana,
y sabré sentir mañana
lo mismo que siento hoy.
ENRIQUE. Yo he presentado á mi prima
su carácter turbulento,
y que nunca el sentimiento
partirá que nos anima.
La he dicho que su alma está
á toda pasion estraña;
que si nuestros rostros baña
el llanto, se burlará.
Que del triste la amargura
ni le conmueve ni arredra.
CONS. ¿Es su corazon de piedra?
PRAG. Consuelo, de la mas dura.
Para causarme dolor
y perturbar mi sosiego,
una vez me arrojó al fuego
un Victor Hugo.
CONS. *(Apoderándose de su oriental.)*
¡Qué horror!
PRAG. A las que saben leer
sus obras, llama coquetas.
CONS. ¿No comprende á los poetas?
PRAG. No los quiere comprender.
De las dos se burlará
con incansable porfía.
Querrá separarnos.
CONS. Tia,
pues no lo conseguirá.
En mi juvenil ardor
amo todo lo sublime:
á la tórtola que gime,
al sensible ruiseñor.
Amo al vate cuya lira,
lanza apasionado acento;
al ciprés que inclina al viento
su triste copa y suspira.
Amo á ese sol que colora
los cristales de la nieve;
á la flor que perlas bebe,

y al alba, porque las llora.
A ese perfume creador
amo, que no tiene nombre...
¿Cómo ha de agotar un hombre
este tesoro de amor?

PRAG. Bien, Consuelo. En tu pupila
brilla una lágrima; quedo
convencida; ya mi miedo
se acabó; ya estoy tranquila.

ENRIQUE. *(A Consuelo.)*
¿Lo ves? De oirte lloramos.

CONS. ¿Lloran ustedes los dos?

PRAG. Sí.

ENRIQUE. Sí.

PRAG. Sí; ¡gracias á Dios,
que eres nuestra!

ENRIQUE. ¡Nos salvamos!

ROSA. Suenan risas.

ENRIQUE. La voz suena
de Fernando.

PRAG. ¡Mi sobrino!

ROSA. Ya llegó nuestro marino.

PRAG. Dios nos la depare buena.

CONS. Temo verlo.

PRAG. Sí. Le oirás
palabras descomedidas.

ROSA. Escuchémosle escondidas.

PRAG. *(Llevándose á Consuelo.)*
Ven.

CONS. Sin verle.

PRAG. Le verás.
(Se van por la izquierda y escuchan detrás de la puerta.)

ESCENA X.

ENRIQUE.—DON LUCAS.—FERNANDO *en trage de camino y rodeando el cuello de su tio cariñosamente.*

ENRIQUE. Preparo al torrente un dique
y en detenerlo confio.
LUCAS. Bien, muy bien, Fernando mio.
ENRIQUE. *(Vá á su encuentro y se abrazan.)*
¡Fernando!
FERN. ¡Querido Enrique!
ENRIQUE. ¿Estás bueno?
FERN. Ya lo creo.
¿Y tú?
ENRIQUE. Bien.
FERN. Hombre, reparo
que estás un poquillo raro.
Mejor dicho, un poco feo.
ENRIQUE. ¿Me encuentras cambiado?
FERN. Hijo,
una y mil veces jurára
que te han cambiado la cara.
Sí; no es la tuya, de fijo.
LUCAS. Tienes razon.
FERN. Ya con ello
di, Enriquillo. Espera, espera:
ese bigote, esa pera,
ese crecido cabello...
esa espresion de agonía...
esa mala catadura...
di, ¿te ha vuelto por ventura,
romántico nuestra tia?
LUCAS. Diste en la dificultad.
FERN. ¿De veras, hombre?
ENRIQUE. De veras.
FERN. ¿Estás loco?
ENRIQUE. Como quieras,
pero digo la verdad.
FERN. Dicen que *un loco hace cien*,

y sale el adagio cierto.
Tio, ¿le damos por muerto?

LUCAS. *Requiescat in pace.*

FERN. Amen.
Mas, aunque siempre rechazo
su romántica mania.
¿en dónde está nuestra tia,
que quiero darla un abrazo?
Y tambien falta, por Dios,
Enriquillo, nuestra hermosa
y querida prima Rosa.
Corre, y que vengan las dos.
(Se vá Enrique por la izquierda.)

ESCENA XI.

DON LUCAS.—FERNANDO.

LUCAS. Mientras las damas dan luz,
prosigue, Fernando mio.

FERN. ¿Y de qué hablabamos, tio?

LUCAS. De Méjico y Veracruz.

FERN. Ya lo recuerdo. En verdad
que hemos pasado una vida
borrascosa y divertida,
en una y otra ciudad.
Rom de Jamaica, tabaco
bien mareado y veguero;
dando á Venus el dinero
y un poco de sueño á Baco.

LUCAS. ¿Son las mejicanas lindas,
Fernando?

FERN. Tio, preciosas;
morenitas, ojerosas,
y unas bocas como guindas.
Negros y largos cabellos,
ojos grandes como soles;
y en viendo á los españoles,
se despepitan por ellos.

LUCAS. De modo que tú...

FERN. Asi, asi.

LUCAS. Entiendo que las prefieres.

FERN. Yo amo á todas las mujeres,
en España como allí.
Y aunque peque de inconstante,
es tan cómodo mi amor,
que para mí es la mejor...
LUCAS. ¿Cuál?
FERN. La que tengo delante.
LUCAS. Buena máxima...
FERN. Aprendida
de usted.
LUCAS. ¿Sigues mis lecciones?
FERN. Siempre. En cuantas ocasiones
me ha presentado mi vida.
Pero, de otro asunto hablando
digno de mi ardiente celo
por ellas... ¿está Consuelo
bonita?
LUCAS. ¡Calla, Fernando!
FERN. ¿Es horrorosa?...
LUCAS. No tal.
FERN. ¿Es tonta?
LUCAS. Mucho peor.
FERN. No entiendo.
LUCAS. Ha dado en la flor,
de ser...
FERN. ¿Qué?
LUCAS. Sentimental.
FERN. ¿Romántica?...
LUCAS. Es su mania.
FERN. ¡Ja, ja!
LUCAS. ¿Te ries?
FERN. Pues, no.
LUCAS. La pobrecita cayó
en las manos de tu tia.
FERN. ¿Pero es linda?
LUCAS. Como un cielo.
FERN. ¿Linda de veras?
LUCAS. Sí á fé.
FERN. Entonces, yo acabaré
la educacion de Consuelo.
LUCAS. Tarde acudes, porque el mal
es grave y está arraigado.
FERN. ¿Es dolencia de cuidado?

LUCAS. Romanticismo oriental.
FERN. ¡Cáspitas!
LUCAS. El serafin
está rendido á su yugo.
Se acuesta con Victor-Hugo,
y almuerza con Lamartin.
FERN. Entonces no hay redencion.
LUCAS. En los últimos estremos
está ya.
FERN. Pues la daremos,
don Lucas, la extrema-uncion.
Tarda la familia.
LUCAS. Sí.
FERN. Pues ya mucho la esperamos.
Vamos á su encuentro.
LUCAS. Vamos...
Espera, que viene aqui.

ESCENA XII.

DON LUCAS.—FERNANDO.—DOÑA PRÁGEDES, *que se dirige á su sobrino.*—ENRIQUE.—ROSA, *muy contenta.*—CONSUELO, *ruborizada.*

FERN. ¡Tia! Parta usted el camino.
(*La abraza.*)
Esa faz no indica pena.
Está usted frescota y buena.
PRAG. ¡Qué estas diciendo, sobrino!
FERN. Que ese semblante no abona
ni penas ni desengaños;
que está usted, para sus años,
una soberbia jamona.
PRAG. ¿Te burlas?
FERN. No hay mas que ver
esos mofletes soberbios.
PRAG. Pues padezco de los nervios.
FERN. De los nérvios, puede ser;
pero en cuanto á lo demas
digo que está usted famosa.

Tú dame un abrazo, Rosa.
ROSA. Sí, primo.
(*Se abrazan.*)
FERN. Qué guapa estás.
Supongo que no alimenta
tu imaginacion lozana
ninguna pena tirana...
ROSA. No: yo siempre estoy contenta.
FERN. Muy bien pensado: de prisa
la muerte suele venir,
y es conveniente salir
á recibirla, con risa.
ROSA. Siempre fuí de tu opinion.
FERN. Porque nos queremos mucho.
Y al hablar asi, te escucho
con grande satisfaccion.
LUCAS. (*Presentándola.*)
Esta es, Consuelo.
FERN. (¡Bonita
es ¡vive Dios! como un cielo!)
CONS. ¿Cómo está usted?
FERN. Yo... Consuelo,
háblame de tú, primita.
Y si, aunque mucho te estimo,
no quieres formar el lazo
fraternal con un abrazo,
tiende la mano á tu primo.
(*Consuelo le dá la mano y la retira con prontitud.*)
PRAG. Sobrada necesidad
tendrá ya nuestro viajero
de reposo.
FERN. Soy de acero.
PRAG. De alma y de cuerpo...
FERN. Es verdad.
LUCAS. Quitarse el polvo y comer,
es lo que mas necesita.
FERN. (*A Don Lucas.*)
Tio, es hermosa la primita,
y es ya toda una mujer...
LUCAS. Pero es romántica.
FERN. ¿Si?
(De ella los ojos no aparto.)

LUCAS. Vamos, sobrino, á tu cuarto.
(Llevandosele hácia la derecha.)
PRAG. Y nosotros por aquí.
FERN. *(*Es su hermosura cabal,
y por hermosa la estimo.)
CONS. ¡Qué lástima que mi primo
no sea sentimental!
(Entran por la derecha don Lucas y Enrique, y Fernando se para un momento en el dintel. Doña Prágedes y Rosa entran por la izquierda y Consuelo se para tambien en el dintel.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ROSA.—ENRIQUE.

ROSA. ¿Volvió Fernando?
ENRIQUE. Volvió.
Pero, aunque ha vuelto muy pronto,
está en la cuadra el caballo
cubierto de espuma y polvo.
ROSA. Han transcurrido dos dias
desde que llegó y me asombro
de verlo, en vez de festivo,
taciturno y cabiloso.
ENRIQUE. ¿Ni una palabra de amor
te ha dicho?
ROSA. Nada; y su tono
se hermana perfectamente
con lo adusto de su rostro.
Yo he tratado alguna vez:
con acento cariñoso,
de sonsacarle el motivo
de ese cambio tan notorio;
pero siempre á mis preguntas

contesta alzando los hombros,
y mas reservado está
cuanto mas yo le provoco.
Esta seriedad al tio
alarma causa y enojo,
pero la tia se alegra
de encontrarlo tan juicioso.
¿Tú has logrado de Consuelo
esplicaciones?

ENRIQUE. Tampoco:
y responde indiferente
cuando á suspiros la acoso.
Pero he observado que deja
su querido repertorio
de libros sentimentales,
como esplotado tesoro:
que ha comprado de Breton
de los Herreros los tomos,
y que repite sus chistes,
aplaudiéndolos no poco.
La tia con este cambio
alza á los cielos los ojos,
en tanto que nuestro tio
está que brinca de gozo.
Pienso, pues, que navegamos
sin brújula ni piloto,
y que tenemos los dos
perdido nuestro negocio.

ROSA. ¿Estarán enamorados,
Enrique, el uno del otro?

ENRIQUE. En ello he pensado, prima,
con la ansiedad de un celoso,
que, mas que perder la novia,
teme perder novia y oro.
Mas lo que es por este lado
casi estoy tranquilo...

ROSA. ¿Cómo?

ENRIQUE. Has de convenir conmigo
si me escuchas.

ROSA. Ya te oigo.

ENRIQUE. Consuelo se torna alegre
y Fernando melancólico,
de manera que los dos

marchan á encontrados polos.

ROSA. Enrique, no me convences,
y á mi preocupacion torno,
mas persuadida que nunca
de que nos vamos á fondo.
Fernando ha visto en Consuelo
un ser dulce y caprichoso,
donde el sentimentalismo
está rayando en su colmo:
y, para acercarse á ella,
sin dilaciones ni estorbos,
al carácter de su amada
modela el carácter propio.
Consuelo ha visto en Fernando
un hombre amable, buen mozo,
tan festivo en su alegría
que casi pasa por loco:
y, ganosa de agradarle,
quiere, fingiendo alborozo,
al carácter del amado
llegar el suyo.

ENRIQUE. Conozco
que con vista mas segura
marchas por el proceloso
mar á cuyas turbias olas
imprudente me abandono.
Tu debes regir la nave
mientras tengamos un soplo
de viento amigo, pues yo
la estrellaré en los escollos.
¿Qué hemos de hacer?

ROSA. Aceptar
á los primos por neófitos,
y ejercer sobre los dos
un supremo sacerdocio.
Tú procura que Fernando
permanezca en su propósito,
y que peque de ridículo
por compungido y meloso.
Fácil te será la empresa,
y su buen éxito abono,
que en tierra es mal caminante
quien es buen marino á bordo.

Yo haré que siga Consuelo
el camino tortuoso
que ha emprendido, y de lograrlo
una y mil veces respondo.
Del ridículo á la cumbre
conducirla me propongo,
y, sin contrariar sus gustos,
será cierto nuestro logro.

ENRIQUE. Una y mil veces confieso
que me superas en todo,
y nunca hubiera inventado
un ardid tan ingenioso.
Tú merecerás la palma
de la victoria, pues solo
una mujer es capaz
de plan tan seguro y pronto.

ROSA. ¿Te satisface?

ENRIQUE. ¿No ves
con cuanta verdad lo encomio?

ROSA. Pues déjame, que Consuelo
vendrá á buscarme.

ENRIQUE. Ya corro
seguro de la victoria,
y entre tus manos la pongo.

ESCENA II.

ROSA.

Muy penoso es navegar
con firme y seguro intento,
si sopla contrario el viento
y está irritada la mar.
Contra viento y mar navega
la soltera que procura
dote hacer de su hermosura,
y á lid desigual se entrega.
Pues si belleza ideal
lucha con dote efectivo,
pierde siempre el atractivo,
y gana siempre el caudal.
Pero, sin luchar, ceder

es debilidad notoria,
y se alcanza mayor gloria
cuando es difícil vencer.
Si Consuelo en su manía
persiste, si se mantiene
firme triunfaré. Ya viene
hácia aquí. No es: es mi tia.

ESCENA III.

ROSA.—DOÑA PRÁGEDES.

PRAG. ¿Has visto á Consuelo?
ROSA. Aun no.
PRAG. Es preciso que te riña.
Tú estás perdiendo á esa niña.
Tú la estás perdiendo.
ROSA. ¿Yo?
PRAG. Es pernicioso, fatal,
tu trato para Consuelo;
que eres, Rosa, mal modelo
con ese alegre genial.
ROSA. Un año vivió conmigo
Consuelo, y en todo él
al romanticismo fiel
fué siempre; usted es testigo.
Si de repente, tomando
distinto rumbo, varia,
no tengo la culpa, tia.
PRAG. ¿Pues quién la tiene?
ROSA. Fernando.
PRAG. Te equivocas: mi sobrino
ha entrado él mismo en razon.
ROSA. Empezó la variacion
de Consuelo cuando él vino.
PRAG. Pretesto alguno no dá
tu primo; porque ha cambiado.
Está triste, está callado.
ROSA. Pues no sé lo que será.
Pero prudente el destino
ni da ni quita á usted palma;
pierde de Consuelo el alma

y gana la del marino.

PRAG. No me satisface, Rosa,
tan pronto trueque, por Dios;
porque yo quiero las dos.

ROSA. Es usted muy ambiciosa.

PRAG. De mi pretension no cejo,
y lidiaré noche y dia.

ROSA. ¿Quiere usted, señora tia,
escuchar un buen consejo?

PRAG. Di.

ROSA. Con incansable afan
procure usted que comprenda
que marcha por buena senda
el converso capitan.
A Consuelo deje usted
que su propósito siga,
pues no se coge con liga
pájaro que estuvo en red.
Y no, mal aconsejada,
se conduzca usted de modo
que, por pretenderlo todo,
llegue á quedarse sin nada.

PRAG. Quizás la razon te sobra
y has logrado persuadirme;
¿mas cómo he de decidirme
á no dar fin á mi obra?
Hace mi enemiga estrella
que se aleje de Fernando
la ingrata Consuelo, cuando
Fernando se acerca á ella.

ROSA. Tambien en otro sentido
huye él de ella, que en rigor
el cambio mucho mayor,
señora, en Fernando ha sido.

PRAG. Pero él cambia por ganar.

ROSA. Y ella cambia por perder.
Son caprichos de mujer
que es preciso respetar.
Mudarse por mejorarse,
es muy bueno, quién lo duda:
mas si él muda y ella muda,
no llegarán á encontrarse.
Mudarse con poco tino

Es errar la senda.

PRAG. Sí.

ROSA. Fernando viene hácia aquí.
Dejo á usted con su sobrino.
La conversion empezada
siga usted, considerando
que puede cambiar Fernando
si ve á Consuelo cambiada.

ESCENA IV.

DOÑA PRÁGEDES.—FERNANDO.

FERN. Muy buenos dias, señora.

PRAG. Fernando, poco te veo.

FERN. Me encierro en mi cuarto y leo
con afan hora tras hora.

PRAG. Tus antiguas aficiones
sigues, las obras navales...

FERN. Aprendo las orientales;
leo las meditaciones.

PRAG. Por fin tu cuello sujetas
de ardientes vates al yugo.

FERN. Lamartin y Victor-Hugo
son dos insignes poetas...
Fácilmente me acomodo
á mundos para mí estraños,
que un hombre de treinta años
debe conocerlo todo.
Pero, aunque mucho ardimiento
pongo, no adelanto mucho;
y quizás en vano lucho
por cortedad de talento.

PRAG. Basta un generoso instinto
para alcanzar lauro.

FERN. Tia,
si usted quisiera mi guia
ser en este laberinto...
Yo pasaria el umbral,
conducido por la mano,
radiante el rostro y ufano,
del templo sentimental.

PRAC. Fernando, renuncio á ser
tu mentora, y no te asombre,
porque mal sostiene á un hombre
la mano de una mujer.
Pero agradecida quedo
á tu peticion honrada,
que fuera al punto otorgada
sin este fundado miedo.
Mas, por hacerte favor,
y para que encuentres llano
el camino, de mi mano
yo te daré un preceptor.
FERN. Tan grande merced estimo.
¿Mas quién será quien me esplique
sentimentalismo?
PRAG. Enrique.
FERN. ¿Quién ha dicho usted? ¿Mi primo?
PRAG. Tu primo.
FERN. Bien. Pero creo
que me hará reir su cántico.
PRAG. Es un gran tipo romántico.
FERN. Pero es un tipo muy feo.
Me harán bailar de cogote,
aunque esté muerto de pena,
su monumental melena
y remangado bigote.
Y en una risa infernal
cambiará mi negro hastío,
en oyéndole el *pio, pio*
de su voz sentimental.
No le disputo el artículo
de esperimentado ó diestro,
pero busco otro maestro
que sea menos ridículo.
PRAG. Cuando yo bajo su amparo
te pongo, piensa que así
estarás bien: para tí
quiero lo mejor...
FERN. Es claro.
Mas, agradeciendo el celo
que usted muestra, ¿no podria
ser mi preceptora, tia...
PRAG. ¿Quién? Di.

FERN. Mi prima Consuelo.
PRAG. No.
FERN. ¿Por qué no puede ser?
PRAG. Porque es mujer.
FERN. Por lo mismo.
Me gusta el romanticismo
con facciones de mujer.
Como ella tome á su cargo
mi educacion...
PRAG. Basta ya.
FERN. Juro que me enseñará
sin invertir tiempo largo.
PRAG. Pretension estraordinaria.
FERN. Pues condeno mi desliz,
supuesto que un aprendiz
debe asemejarme á un paria.
PRAG. Justo.
FERN. Acato esa razon,
y ante su fuerza me abismo.
PRAG. Lleva el sentimentalismo
consigo la abnegacion.
FERN. No haya miedo que replique.
PRAG. Muestra así tu ardiente celo.
Voy á buscar á Consuelo.
FERN. Yo quedo esperando á Enrique.

ESCENA V.

FERNANDO.

Respeto como un doctrino
la voluntad de mi tia.
¡Que haya dado en tal mania
un capitan, un marino!
Si en tan triste situacion,
por un minuto siquiera,
á su comandante viera
mi brava tripulacion;
irritados ó aturdidos
catalanes y andaluces,
despues de hacerse mil cruces,
me atronaran á silbidos.

¡Voto al mismo Lucifer!
Degradado me contemplo
para seguir el ejemplo
de una niña, una mujer.
Y no es esto lo peor,
porque temo, autojadizo,
que un romántico postizo
no sepa ganar su amor.
Y es cosa muy natural,
que á la vista de cualquiera
salta, que el buen calavera
será mal sentimental.
Para alcanzar la victoria
y poner fin á mis males,
¿cómo le diré orientales
si no las sé de memoria?
Por mas que mi mente estruge,
me traerá mi inspiracion
las iras del aquilon
que al barco trastorna y ruge.
Y no ha de quedar mi dama
enamorada y contenta,
si describo la tormenta
que en mares revueltas brama.
Cuadros mas bellos en vano
bosquejar intentaria,
porque ha sido mi poesia
y mi libro el oceano.
Libro en que aprendí á leer,
que comprendo á toda hora...
Este libro no enamora
á una niña, á una mujer.
Mi génio romperá el dique
que quiero imponerle, y pronto
seré un sentimental tonto,
glacial, ridículo... ¡Enrique!

ESCENA VI.

FERNANDO.—ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Me esperabas?
FERN. Sí, por Dios:
y con tan viva impaciencia,
que es necesario sentirla
para poder comprenderla.
ENRIQUE. ¿Qué te sucede?
FERN. Me encuentro
en situacion tan violenta,
que necesito un padrino
hábil para salir de ella.
ENRIQUE. ¿Tienes algun duelo?
FERN. Un duelo
rodado de tal manera,
que espero perder la vida
y he perdido la paciencia.
ENRIQUE. ¿Qué quieres de mí, Fernando?
FERN. En primer lugar, quisiera
que me prestases, Enrique,
tu bigote y tu melena.
ENRIQUE. ¡Mi bigote?...
FERN. Sí.
ENRIQUE. ¿Estás loco?
FERN. Ojala no lo estuviera;
mas confieso que se ha ido
á pájaros mi cabeza.
¿Me das tu cabello?
ENRIQUE. Pides,
precisamente dos prendas...
FERN. Que yo necesito.
ENRIQUE. Pero
que ni se dan ni se prestan.
FERN. Las compro á peso de oro.
ENRIQUE. Galas son que poco pesan.
FERN. Dúelete de mí; es tu primo
quien de rodillas te ruega...
ENRIQUE. Levántate.

FERN. Si desoyes,
pecho de mármol, mis quejas,
recurriré á un argumento
y te rendirá su fuerza.
Todo artista, por el arte,
con noble orgullo, sin pena,
sacrifica los adornos
que le dá naturaleza.
Tú eres artista romántico,
sentimental por esencia,
y á un hermano que te implora
no has de retirar tu diestra.
Sé que soy simple neófito
donde tú brillas planeta,
y que del romanticismo
curso las primeras letras;
mas por lo mismo que soy
un muchacho de la escuela,
la obligacion tienes, primo,
de presentarme ancha senda.
ENRIQUE. Fernando...
FERN. Por un momento
sobre mi labio contempla
tu formidable bigote,
sobre mi barba tu pera:
y dando sombra á mi rostro
esa brillante guedeja.
El cabello me hará estar
pálido como la cera,
Enrique, y entre el mostacho
saldrán mis palabras huecas.
Pintaré bajo mis ojos
dos formidables ojeras,
y para finjirme débil
haré que tiemblen mis piernas.
Dame pronto lo que pido,
y me habrás salvado...
ENRIQUE. Espera.
FERN. ¿Condesciendes?
ENRIQUE. Ya veremos.
FERN. Temo, Enrique...
ENRIQUE. Nada temas.
FERN. ¿Vendrás en mi auxilio?

ENRIQUE. ¿Sí?
Tengo una un famosa idea.
FERN. Dímela al punto.
ENRIQUE. Silencio,
Fernando. Gente se acerca,
y, para seguir mi plan,
conviene que no nos vean.
Sígueme pronto á la calle.
FERN. Enrique, ¿á dónde me llevas?
ENRIQUE. A donde consigas casi
todo lo que tú deseas.

ESCENA VII.

CONSUELO.—ROSA.

ROSA. ¿Ves como te está mejor
esa frente despejada?
CONS. Sí.
ROSA. Darás á tu mirada
audacia, fuerza, valor.
Y abandonando al instante
ese rubor inocente,
mira hombre frente á frente
con descaro y arrogante.
Habla mucho y con voz hueca;
disputa y no cedas nunca;
haz frases, conceptos trunca,
y corre de ceca en meca.
Continente varonil
toma, maneras osadas;
rie mucho, á carcajadas
y plántate de perfil.
Olvida de la mujer
la timidez enojosa.
CONS. Fácil es decirlo, Rosa;
pero es difícil de hacer.
Yo seguiré tu consejo;
pero una duda me asalta;
me parece que me falta
agilidad y despejo.
Mi voz dulce moduló

clara fuente que murmura,
el jilguero en la espesura...

ROSA. Eso no se dice.

CONS. ¿No?

ROSA. El murmurio de cristal,
y el pajarillo que canta
modulan en la garganta,
el tono sentimental.

CONS. ¿No podré hablar de la brisa
que besa al undoso lago,
y el cristal le vuelve en pago
una graciosa sonrisa?

ROSA. De tu genio, prima hermosa,
debes mostrar el reverso.
Tú sueles hablar en verso,
y es preciso hablar en prosa.

CONS. Temo, prima, al empezar
echarlo todo á perder.

ROSA. Bien puedes retroceder.

CONS. Quiero primero probar.
Ahora, que solas estamos
y buena ocasion tenemos,
si tú quieres probaremos.
¿Quieres que probemos?

ROSA. Vamos.

CONS. Indícame por favor
lo que debemos hacer.

ROSA. Yo soy hombre, tu mujer;
y nuestra escena de amor.
Yo me voy á declarar
sin afectacion ni aliño;
tú me otorgas tu cariño
contenta, sin vacilar.
Y, el mejor modo buscando
de que te muestres serena,
el papel haré en la escena
de nuestro primo Fernando.

CONS. ¿De Fernando?

ROSA. Sí. ¿Te causa
su nombre sorpresa ó miedo?

CONS. No. ¿Vamos?

ROSA. Sí. Rostro ledo.
Voy á empezar. Una pausa.

Consuelo, soy un marino
lleno de ardientes antojos;
mas, desde que ví tus ojos,
ellos marcan mi destino.
No lo tomes por ultraje,
pues yo no quiero ofenderte,
pero has cambiado mi suerte,
tomándome al abordaje.
Si sientes lo que yo siento,
feliz en mi empresa soy,
mas, si no lo sientes, voy
navegando contra el viento.
Es mi amor ardiente, hondo:
si lo pagas, prima mia,
tendré júbilo, alegría,
pero si no me iré á fondo.
En una palabra, yo
te quiero con frenesí;
si me quieres, dame un *sí*;
si no me quieres, un *no*.
Habla, Consuelo.

CONS. No sé.
ROSA. ¿Cómo?
CONS. Hablaré.—Primo, creo
que solo un fugaz deseo...
ROSA. Malo.
CONS. ¿Sí?
ROSA. Muy malo á fé.
CONS. Su declaracion me aterra.
ROSA. Es preciso contestar.
CONS. El me ha hablado de la mar...
ROSA. Háblale tú de la tierra.
CONS. Me dan, primo, tus favores
profunda melancolía...
ROSA. Asi contestára tia...
si la digeran amores.
CONS. ¿Es posible?
ROSA. La verdad.
CONS. Estoy temblando...
ROSA. Cobarde.
Vamos á hacer un alarde
de genio y marcialidad.
Yo empezaré... Primo mio,

tu franca declaracion...
sigue.

CONS. Prueba una pasion
ardiente.

ROSA. Sigue con brio.

CONS. Una alma tierna y leal
la dulce espresion estima...

ROSA. Que te vas pasando, prima,
al tono sentimental.

CONS. Si no sé.

ROSA. Consuelo, piensa,
que es necesario aprender.

CONS. *(Precipitadamente.)*
Si quien sabe agradecer
sabe dar la recompensa,
yo, que en tu lealtad confio
y con tu pasion me inflamo,
no negaré que te amo
y seré tu esposa...

ROSA. El tio...

ESCENA VIII.

CONSUELO.—ROSA.—DON LUCAS, *cabiloso.*

LUCAS. ¿En dónde diablo andará
señor, ese maldecido?
Toda la casa he corrido
y no lo encuentro, no está.
Parece que huye de mí,
y como sin sombra ando.
(A Rosa.)
Sobrina, ¿has visto á Fernando?

ROSA. No ha pasado por aquí.

LUCAS. Se ha visto cosa mas rara.

CONS. Muy buenos dias.

LUCAS. ¡Consuelo!
¿Qué traes? ¡Te has cambiado el pelo!
¡Qué bien te sienta á la cara!

CONS. ¿Estoy hermosa?

LUCAS. ¡Divina!
Que me lleve Belcebú

si no vales un Perú
con ese pelo, sobrina.
Acércate. Y esos ojos
brillan con luz mas radiante:
mas fresco está tu semblante,
están tus lábios mas rojos.

CONS. ¿De veras?

LUCAS. Tiene tu acento
mas timbre, mas armonía.
¡Bella estás, Consuelo mia,
y yo loco de contento!
Mi felicidad contempla,
y no retardes el plazo.
Dame, sobrina, un abrazo.

CONS. ¿Así?

LUCAS. Firme. Aprieta, aprieta.

CONS. ¿Está usted contento?

LUCAS. Sí.

CONS. Me alegro mucho.

LUCAS. Qué buena
eres. Se acabó la pena
con que me presente aqui.

CONS. Bien.

LUCAS. ¿Quieres tú que mi angustia
no se renueve?

CONS. ¿Pues no?

LUCAS. Pues que no te vea yo
jamás triste, jamás mustia.
Abandona á esos copleros,
sus dramas y sus tragedias.

CONS. He comprado las comedias
de Breton de los Herreros.

LUCAS. Bien...

CONS. Cuántas ha escrito, cuántas.

LUCAS. Apréndelas, por mi abuela.

CONS. Sé un trozo de la *Marcela*.
y versos de *Una de tantas*.

LUCAS. ¡Brabo, brabo!

CONS. Con sus sales
á carcajadas me rio,
y voy olvidando, tio...

LUCAS. ¿Qué olvidas?

CONS. *Las orientales*.

LUCAS. Famoso.
CONS. ¿Hago bien?
LUCAS. Es llano.
¿En conversion tan pasmosa
has tenido parte, Rosa?
ROSA. ¿No conoce usted mi mano?
LUCAS. Sí. De verla me remozo,
y debes estar ufana.
¡Cuánto rabiará mi hermana!
ROSA. Como chico en calabozo.
CONS. Eso es lo qué siento, tio.
LUCAS. No lo sientas, hija mia;
porque si rabia tu tia,
yo estoy contento y me rio.
Cariño y admiracion
por tal cambio te tributo;
deja las penas y el luto
para mejor ocasion.
Pues doncella tan cabal,
llena de gracias y vida,
debe estar siempre, querida,
muy alegre, muy jovial.
Galana, como la flor,
alegre, como la escarcha.
CONS. Y yo lo estaré.
ROSA. (Esto marcha.)
LUCAS. ¿Me comprendes?
CONS. Si señor.
LUCAS. Sigue á quien bien te aconseja:
usa la broma y el chiste.
¿Sabes por qué está tan triste
mi hermana? Porque es ya vieja.
Y, siguiendo en el delirio
que martiriza su alma,
pues la han de enterrar con palma,
prefiere la del martirio.
Sus ridículos estremos
huye. Pero estoy hablando
sin pensar en que Fernando...
ROSA. ¿Quiere usted que le busquemos?
LUCAS. Rosa, sera lo mejor.
ROSA. (Todo va bien: esto marcha.)
LUCAS. Sé alegre, como la escarcha;

galana, como la flor.

ESCENA IX.

CONSUELO.

Seré gallarda y gentil,
como la temprana rosa
que sus pétalos, hermosa,
presenta al alba de abril.
Y, si tanto mi hermosura
acrecenta la alegría,
mayor será cada dia
con el sol de mi ventura.
Porque yo siento en mi alma
una agitacion, un fuego,
mas sabroso que el sosiego
y mas dulce que la calma.
Una continua impaciencia
con dolor y con placer,
que modifica mi ser
y trastorna mi existencia.
Una duda y un temor,
que van creciendo escondidos,
y los primeros latidos
de un inestinguible amor.
Amor que destelló aquí...
Sí, aqui mismo. ¿Pero cuándo?
Cuando mi primo Fernando
llegó, cuando yo le ví.
Cuando mi mano estrechó
con cariñoso respeto.
Este amor es un secreto
que oculto guardaré yo.
Por Fernando, sí, por él
dejé la melancolía
que en mi existencia mi tia
fué derramando cruel.
Mil medios para agradarlo
mi creciente amor emplea.
Yo quiero ser lo que él sea,
quiero, sobre todo, amarlo.

Si á lástima le provoca
todo lo sentimental,
alegre seré, jovial;
si es preciso, seré loca.
Si asi logro mi ventura,
nada puedo hacer mejor;
que la locura de amor
es una hermosa locura.
Nada me detiene, nada.
Quiero seguir con mi empresa.
Tendrá tan grata sorpresa
cuando me encuentre cambiada.
Y no ha de tardar el dia,
á un tiempo ansiado y temido,
en que le diga... tú has sido
la causa de mi alegría.
En que le diga: por ti,
con mis costumbres luchando,
cambié de genio, Fernando:
¿qué harás, Fernando, por mi?
Su respuesta debe ser
muy grata, ya la preveo.
Me parece que le veo
frenético de placer.
Que venga. Lo espero ufana.
No me faltará valor
para estar loca de amor,
que el amor todo lo allana.

ESCENA X.

CONSUELO.—FERNANDO, *que se ha quitado la patilla y trae el cabello desrizado y caido. Se adelanta con lentitud.*

FERN. (Sin patilla y con el pelo
asi, seré un principiante
sentimental. Adelante.
Bajaré la voz.) Consuelo...

CONS. (*Sin conocer al pronto á su primo.*)
¡Ay!

FERN. ¿Te has asustado?

CONS. Sí.
Te desconocí; mas ya...
(Jesus, qué cambiado está.
¿Por qué se habrá puesto así!)
FERN. (No sé qué tiene. Y esquiva
mirarme. Cosa mas rara.
Algo la encuentro en la cara
estraño. Sí, el pelo arriba.)
CONS. (Me mira con atencion.
Ya comprendo. La sorpresa.
Quiero salir con mi empresa:
ánimo, resolucion.)
Primo.
FERN. Prima.
CONS. ¿Qué?
FERN. ¿Qué?
CONS. Nada.
FERN. Nada.
CONS. (Parece enojado.)
FERN. Te decia. (Estoy turbado.)
CONS. Te decia. (Estoy turbada.)
FERN. (Si yo pudiera empezar...)
CONS. (Si yo pudiera decir.)
FERN. (Me dan ganas de reir.)
CONS. (Tengo gana de llorar.)
FERN. (Ello es preciso vencer
esta tentacion que siento.)
CONS. (Natural mi encogimiento
es, que al cabo soy mujer.)

ESCENA XI.

CONSUELO.—FERNANDO.—DON LUCAS *por el foro izquierda, se detiene en la puerta, recatándose un poco.*

LUCAS. (Allí está Fernando: pero
juntos los primos están.
¿Qué tratan? ¿Qué se dirán?
Paciencia. Saberlo quiero.)
CONS. (Guarda silencio y me mira.)
FERN. (¿Querrá que mi amor la fie?)
CONS. (Mas me mira.)

FERN. (Se sonrie:
Está muy bella.) ¡Ay!
CONS. (Suspira.)
LUCAS. (Ó de cal y canto son,
ó á comprenderlos no acierto.
¡Vive Dios! que me divierto
con tanta conversacion.)
FERN. *(Muy lúgubre.)*
¡Ay! Consuelo. (Romperé
el silencio!)
CONS. *(Muy alegre.)*
Primo mio.
(Estoy temblando y me rio.)
FERN. Me encuentro triste.
CONS. ¿Por qué?
LUCAS. (Vá á comenzar la batalla.)

ESCENA XII.

CONSUELO.—FERNANDO.—DON LUCAS, *en su puesto.*—DOÑA PRÁGEDES *por el foro derecha: su hermano la detiene y no deja que pase el umbral.*

PRAG. Mira, Lucas...
LUCAS. No hagas ruido.
PRAG. *(Repara en ellos.)*
Juntos...
LUCAS. Aplica el oido.
PRAG. Pero...
LUCAS. Sobre todo, calla.
CONS. ¿No respondes?
FERN. Prima mia,
te ruego que no te asombre
mi silencio. Tiene el hombre
horas de melancolia.
Horas de pena y placer
en que se estremece el alma...
(Si me abandona la calma,
lo voy á echar á perder.)
Horas de influjo fatal,
que son del alma verdugo.
Esto dice Victor-Hugo...

(Me pierdo.) En una oriental.
Horas sin fin y con fin...
(Mi aturdimiento me vende.)
Horas que solo comprende...
(¿Quién, Dios mio?) Lamartin.
Horas largas... destructoras...
horas breves... horas graves...
en fin, Consuelo, tú sabes
que hay unas horas... sin horas...
(Animo.) La soledad
puebla en ellas los espacios,
y no hay templos ni palacios
que turben su magestad.
Aquí se tienden colinas;
allí se levantan montes;
y nublados horizontes
dan sombra á lúgubres ruinas.
Ya se oculta un alhelí...
Ya se encorba un sicomoro...
(Hablando estoy como un loro.)
Y ya salta un colibrí.
Ya, perdido entre el misterio
se vé, entre pálidas luces,
con sus tumbas y sus cruces,
un oscuro cementerio.
Y ya un corazon inerme
abre á su pasion la puerta,
y una ciudad... se despierta...
y un caminante... se duerme...
y el viento... y el sol... (No hallo
una buena conclusion...
¡Que me lleve una legion
de demonios á caballo!)
Tales horas... ¡ay! (Respiro
con suma dificultad.)
Son horas... ¡ay! (¡Qué ansiedad!)
Horas... ¡ay!...

CONS. (¡Cuanto suspiro!)

FERN. Horas que pasan asi...
como un furioso torrente...
y un pájaro... y una fuente...

CONS. (Se está burlando de mí.)

FERN. Y pasan... y vuelven... (Nada,

no sé qué decir...)
CONS. (¡Qué tonto!)
(Se burla, pero bien pronto
verá que estoy muy cambiada.)
LUCAS. ¡Ay! La chaveta perdió.
¡Jesus, cuanto desatino!
¡Fernando! ¡Pobre sobrino!
Tú lo has vuelto loco.
PRAG. ¿Yo?
¿Me he metido, por ventura,
con tan loco tarambana?
LUCAS. Déjame apurar, hermana,
el cáliz de su locura.
FERN. (Tiemblo y me averguenzo y sudo.)
CONS. (Yo me vengaré.) Prosigue.
FERN. (No sé...)
CONS. (Querrá que le obligue...)
Vamos... ¿Te has quedado mudo?
(Remedándole.)
Horas de melancolia...
FERN. (¡Se burla! ¡Cosa mas rara!..)
CONS. (No me pone buena cara;
pero allá voy con la mia.)
(Con marcialidad.)
Sé por varios estatutos,
y en ello todos convienen,
que todas las horas tienen...
(Voy mal.) Sesenta minutos.
Sé que el tiempo en ocasiones,
vá despacio ó vá de prisa...
y que prefiero la risa...
(¿A qué?) á las lamentaciones.
Encuentro mas de mi agrado
que tu desierto un eden,
y el hombre se encuentra bien
si está bien acompañado.
Que en uno y otro hemisferio
es mucho mas divertido
que el triste silencio, el ruido...
y el baile, que el cementerio.
Porque siempre está mejor,
(imaginacion funesta!)
Que un dia de luto... una fiesta....

(Cada vez lo hago peor.)
Que eterna ventura labra
quien... pasa alegre la vida..
porque primo... (Estoy perdida..)

FERN. (¡Jesus y cuanta palabra!)

CONS. Tú comprenderás así,
que buen porvenir espera
á quien nace... calavera...

FERN. (Se está burlando de mí.)

CONS. Por lo cual todo consiste...
bien lo sabes...

FERN. (Vuelo toma.)

CONS. Que estando alegre...

FERN. (La broma
no tiene chispa de chiste.)

CONS. ¿Convienes?

FERN. (La lleva larga.)

CONS. En que es un bello ideal...

FERN. (Me gustó sentimental,
pero festiva me carga.)

CONS. (Yo no se cómo seguir...
debo estar necia, espantosa.)
Conveniamos...

FERN. (Me acosa...
Pues bien, vamos á fingir...)
Yo lucho conmigo mismo,
y mi memoria se abisma...
mas no conozco otro prisma
que el del sentimentalismo.

CONS. (Sigue su burla cruel.)
¡Ja, ja!

FERN. (Me muestra desprecio.
Mas yo debo hacer en necio
mi ridiculo papel.)
¿Te causo risa?

CONS. No tal.
Pero comprende cualquiera...

FERN. Que finges lo calavera.

CONS. Y tú lo sentimental.

FERN. No finjo.

CONS. Bien lo has probado.

FERN. Tú te has burlado de mí.

CONS. Tu has sido el burlon.

FERN. No...
CONS. Sí...
FERN. Eres tú quien te has burlado.
CONS. Siguiendo la burla estás.
EERN. Era burla tu alegria.
CONS. Era tu melancolia
burla.
FERN. Pues no hablemos mas.
CONS. Pues no hablemos mas.
FERN. Los dos
jamás nos entenderemos.
CONS. Hablando el tiempo perdemos.
Adios, primo.
FERN. Prima, adios.

ESCENA XIII.

DON LUCAS, *baja arrastrando á* DOÑA PRÁGEDES *tras sí.*

LUCAS. ¿Has visto, desventurada?
PRAG. He visto.
LUCAS. Tus desatinos
han vuelto á nuestros sobrinos
locos.
PRAG. Te asustas de nada.
LUCAS. ¿Me asusto de nada? ¿Estás
en tu juicio?
PRAG. ¿Tienes pena
porque hemos visto una escena
romántica, nada mas?
LUCAS. ¡Prágedes, vete de aquí!
PRAG. ¡Lucas!
LUCAS. Márchate al momento.
Dicen que un loco hace ciento,
y tú acabarás por mí.
PRAG. Mucho gritas, con muy pocos
motivos.
LUCAS. ¡Pues lo que pasa
es poco, cuando mi casa
es ya una de casa locos!
¡Vete!
PRAG. De tu obcecacion...

LUCAS. ¿Qué?
PRAG. Pobre Lucas, me rio.
LUCAS. ¡Vete!
PRAG. Ya me voy.
LUCAS. ¡Dios mio,
conservadme la razon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO.

Con terrible incertidumbre
se agita mi corazon,
como vacila en su tallo
la azucena pura flor.
Nubes pone ante mis ojos
esta viva agitacion,
que ocultan de mi esperanza
el siempre radiante sol.
Pienso á veces que Fernando
sarcástico se burló,
y, no sé por qué, me turba
este fundado temor.
Otras veces me imagino
que ofendido sin razon,

pensó entonces, y ahora piensa,
que quien me burlé fui yo.
Y hasta mi orgullo pretende,
ó se ilusiona mi amor,
que solo por agradarme
cambiaba el rostro y la voz.
Si una mujer loca, osada,
por agradarle cambió,
tambien pudo cambiar él
á impulso de su pasion.
Este rayo de esperanza
presta rosado arrebol
al tristísimo horizonte
que cubre negro crespon.
Yo no puedo renunciar
á este ensueño encantador,
el primero que del alma
ha cruzado la region.
Y si mi fatal delirio
de un momento destruyó
la ventura de mi vida,
será mi pena mayor.
¿Qué debo hacer? Renunciar
á toda vana ficcion;
presentarme ante mi primo
tan sensible como soy.
Pues, si por infame burla
su ternura no fingió,
en un mismo sentimiento
nos hallaremos los dos.
Para fijar nuestras suertes
este es el medio mejor,
haga lo demas el cielo,
que no es mala mi intencion.

ESCENA II.

CONSUELO.—DOÑA PRÁGEDES.

PRAG. Consuelo.
CONS. Querida tia,
no se enoje usted por Dios,

que si he podido ofenderla
harto arrepentida estoy.

PRAG. (Lleva rizos. ¿Si habrá hecho
otra nueva variacion?)

CONS. ¿Permanece usted severa
conmigo?

PRAG. Consuelo, no;
y quiero á solas hablarte,
ya que es buena la ocasion.

CONS. Nunca tanto su bondad
agradecí como hoy.

PRAG. Ayer, querida sobrina,
llamó mucho mi atencion
el cambio que en tu persona
y en tu genio se operó.
Tú eras reflexiva, dulce,
y de repente un turbion
de palabras de tus labios
intempestivo brotó.
Sin mesura en tus maneras,
tomando una entonacion
muy impropia de una niña,
y perdiendo aquel rubor,
que, dando encantos al rostro,
es de buena educacion,
fuiste el asombro, el escándalo
de cuanto hay aquí de pro.
Yo siempre hubiera sentido
tan violenta transicion
del romanticismo puro
al calaverismo atroz;
pero ayer lo sentí mas,
y daré la esplicacion.
Fernando, mi buen sobrino,
que tan festivo llegó,
hizo ayer mismo á mis plantas
un acto de contricion;
y despues de repetir
humilde el *yo pecador*,
tomó con ardiente celo
plaza en nuestra religion.
Que tú fueras su maestra,
con instancia me pidió,

y enemiga, en vez de hermana
lo escarneciste.
CONS. ¡Qué horror!
Perdon mil veces, señora;
una y mil veces perdon,
que, arrepentida, conozco
la enormidad de mi error.
PRAG. Si contrita te arrepientes,
te daré mi absolucion.
CONS. Yo la recibiré, tia,
como el mas grande favor.
PRAG. Perdonada estás, Consuelo;
mas con una condicion.
CONS. La acepto.
PRAG. Bien. A Fernando,
que tan rebelde te vió,
es preciso que le sirvas
de piadoso preceptor.
Es preciso que procures,
sin ninguna dilacion,
borrar la huella que en él
tu estraño cambio dejó.
CONS. Señora, tanto deseo
recobrar su estimacion,
que no hay ningun sacrificio
á mi anhelo superior.
Pues si logro convencerlo
de que mucho se engañó,
en ello recibiré
mi mas dulce galardon.
PRAG. Y para que no se enfrie
tu religioso fervor,
es preciso que ahora quemes
las comedias de Breton.
¿En donde están?
CONS. En la mesa
están de mi tocador.
PRAG. Que vayan al fuego.
CONS. Al punto.
A darlas al fuego voy.
PRAG. Todas.
CONS. Todas.
PRAG. Bien. Recibe

primero mi bendicion.

ESCENA III.

DOÑA PRÁGEDES.

Libros de caballerías
quemó un taimado barbero;
tocar las cenizas quiero
de esas comedias impías.
Pues con caústica maldad
Breton, en su impavidez,
se burla mas de una vez
de las señoras de edad.
Que perezca; no le absuelvo.
Quemadas: que están allí
la de *¿Qué se me da á mí?*
y la de *A Madrid me vuelvo.*
Con intenciones *non santas*,
pinta el festivo poeta
en *Marcela* una coqueta,
coqueta en *Una de tantas.*
Que no viva mas, lo quiero.
Vayan por mi decision
las comedias de Breton
con los libros del barbero.
Consuelo sentimental,
y sentimental Fernando,
como los voy acercando
hácia mi bello ideal.
He convertido á un marino.
Esta portentosa hazaña
me dará nombre en España
y en el mundo. Mi sobrino.

ESCENA IV.

DOÑA PRÁGEDES.—FERNANDO, *con el pelo rizado y su antigua marcialidad.*

FERN. Tia.
PRAG. Fernando.
FERN. Cara tia,
estoy en la obligacion
de pagarla la leccion
que me dió ayer.
PRAG. ¡Qué alegría
tan estraña!
FERN. Entre parientes
al favor sigue el regalo:
uno la traigo, y no malo:
estos lindísimos lentes.
PRAG. Son muy bonitos.
FERN. ¿Verdad?
Con ellos en el teatro
flecha usted á tres ó cuatro.
No tenga usted cortedad.
PRAG. ¡Fernando!
FERN. Duro con ellos.
Que penen los picarones,
y arrastre usted corazones
cogidos por los cabellos.
PRAG. ¿Te estás burlando?
FERN. No tal.
Para estar usted completa,
solo le falta coqueta
ser; pero sentimental.
Que en el sentimentalismo,
segun afirman doctores,
los mas preciados primores
se encuentran del coquetismo.
Y si usted seguir quisiera
mis consejos, como soy
que empezará desde hoy
á ser algo calavera.
¿Consiente usted?

PRAG. Poco á poco.
FERN. Fuera de gazmoñería...
PRAG. ¿Qué dices?
FERN. La verdad, tia.
PRAG. (¿Si estará realmente loco?)
FERN. Reciba usted mi leccion,
y hagamos al placer salva.
La ocasion la pintan calva,
y esta es muy buena ocasion.
Conversemos mano á mano,
sin escrúpulos postizos.
Quítese usted esos rizos.
PRAG. (Tenia razon mi hermano.)
FERN. Solos estamos los dos,
y hablando el tiempo perdemos.
Si usted quiere, bailaremos
una polka.
PRAG. (¡Santo Dios!
Está loco rematado.)
FERN. Mueva usted esa persona,
que bien sienta á una jamona
andar de uno al otro lado.
(*Cogiéndola.*)
PRAG. Sobrino, por compasion.
(Temblando estoy; tengo miedo.)
FERN. (Voy á rendirla.) No cedo.
Animo, resolucion.
PRAG. Pero...
FERN. Gallarda apostura.
PRAG. (Dicen que un loco hace ciento.)
FERN. Vamos, sin tomar aliento.
(La desquicio.)
(Empiezan á bailar.)
PRAG. (¡Qué locura!)
FERN. ¡Brabo! ¡Bien!
PRAG. (¡Qué testarudo!)
Déjame respirar...
FERN. Nada.
No se haga usted la pesada.
PRAG. ¡Ay! déjame. (¡Cómo sudo!)

ESCENA V.

DOÑA PRÁGEDES.—FERNANDO.—LUCAS, *al foro.*

FERN. Bien.
PRAG. Déjame.
FERN. Intento vano.
LUCAS. (¡Y bailan! ¡Qué torbellino!
Sí, está loco mi sobrino.)
Ja, ja, ja...
PRAG. ¡Cielos! ¡Mi hermano!
(Se escapa por la izquierda.)

ESCENA VI.

FERNANDO.—DON LUCAS, *que se adelanta receloso.*

LUCAS. Fernando.
FERN. Usted por aquí?
LUCAS. Sí.
FERN. Un abrazo. ¿Por qué está
tan remiso?
LUCAS. (¿Si querrá
hacerme bailar á mí?)
FERN. ¿Me rechaza?
LUCAS. No rechazo
tus caricias, pero quiero
saber ántes...
FERN. Lo primero
es dar á usted un abrazo.
LUCAS. Bien, hombre; pero con calma.
FERN. ¿Me riñe usted?
LUCAS. No te riño.
FERN. ¿Rechaza usted mi cariño?
LUCAS. Lo acepto con toda el alma.
Pero, tratando verdad,
Fernando, vas á decirme
si está tu cabeza firme.
FERN. ¿Firme?
LUCAS. Con tranquilidad.

FERN. Yo pienso que sí.
LUCAS. A mi ver,
sobrino, vacila un poco.
FERN. Ba... ¿Me tiene usted por loco?
LUCAS. No digo tal; pero ayer...
FERN. Ya lo entiendo. El desatino
de ayer...
LUCAS. Conversion tan rara...
FERN. Aun le faltan á mi cara
las patillas...
LUCAS. Sí, sobrino.
Y al escucharte, pensé
que estabas loco.
FERN. Fué un sueño;
un plan raro, un nécio empeño,
y en todo me equivoqué.
LUCAS. ¿Vuelves á estar triste?
FERN. No.
LUCAS. Fernando, lo sentiria;
pues me diste ayer un dia
de perros.
FERN. Todo pasó.
LUCAS. Te dieron esos barruntos,
para hacerme comprender
que la pena y el placer
andan de ordinario juntos.
En tanto que vivo anhelo
me dió tu melancolia,
un angel me sonreia.
FERN. ¿Quién era el ángel?
LUCAS. Consuelo.
FERN. ¿Sí?
LUCAS. Dejando de una vez
su tristeza dolorosa,
me mostró, como una rosa,
fresca y radiante su tez.
FERN. Siga usted.
LUCAS. Festiva, ufana,
desechó con heroismo
el negro romanticismo
que sembró en ella mi hermana.
FERN. ¿Está usted seguro?...
LUCAS. Sí.

FERN. ¿De carácter ha cambiado?
LUCAS. Cierto.
FERN. (Pues no se ha burlado,
como sospeché, de mí.
Y, si pretendí mudarme
yo, ¿qué de estraño tuviera
que ella tambien pretendiera
mudarse por agradarme?)
LUCAS. ¿Estás pensativo?
FERN. No.
LUCAS. (¿Si volverá á su manía?)
FERN. (Perdona, Consuelo mia,
á quien no te comprendió.)
LUCAS. (Habla solo.)
FERN. (¡Quiero verla!)
LUCAS. ¿Te pones triste?
FERN. No tal.
(Alegre ó sentimental,
la primita es una perla.)
LUCAS. (¡Cielos! ¿No habrá quién me esplique
esta nueva variacion?)
FERN. (La adora mi corazon.
Voy hácia el jardin.)
(*Al querer salir tropieza con Enrique.*)
Enrique...

ESCENA VII.

FERNANDO.—DON LUCAS.—ENRIQUE *que trae el cabello bien peinado y algo mas corto, la pera y el bigote mucho menos exagerados.*

ENRIQUE. Primo...
FERN. *(Con jovialidad.)*
¿Tambien has cambiado?
ENRIQUE. ¿Qué estoy cambiado? No sé...
FERN. Hombre, á diez pasos se vé.
Traes el cabello peinado.
Y esa perilla, que era
un pico de pato, ya
mas morigerada está,
y puede llamarse pera.

Mucho el bigote sombrio
ha ganado en condicion.
¿Verdad que tengo razon,
que está muy cambiado, tio?

LUCAS. Es cierto.

FERN. Tiene otra faz,
otro color, otro ver.

ENRIQUE. ¿De tu tristeza de ayer
qué has hecho?

FERN. Déjame en paz.

ENRIQUE. De tan súbita mudanza
mi pobre imaginacion
no comprende la razon.

FERN. Pues la mia sí la alcanza.
(Marchándose.)
(Abrasándome en el fuego
de mi amor, voy al jardin
por si encuentro al serafin...)

LUCAS. ¿Te vas, Fernando?

FERN. Hasta luego.

ESCENA VIII.

DON LUCAS.—ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Qué víbora le ha picado
al nuevo sentimental,
que hoy le encuentro tan jovial
y ayer quedó tan callado?

LUCAS. Ten, Enrique, compasion
de lo que con él ha hecho
Dios.

ENRIQUE. ¿Pues qué tiene?

LUCAS. Sospecho,
que ha perdido la razon.

ENRIQUE. ¿Es posible?

LUCAS. Llegó aquí
antes de ayer turbulento,
estuvo ayer macilento,
y hoy grita festivo...

ENRIQUE. ¿Sí?

LUCAS. Tales forma su mania

toma, que hoy lo he sorprendido
bailando á brazo partido...
ENRIQUE. ¿Con quién, tio?
LUCAS. Con tu tia.
ENRIQUE. ¡Nefanda temeridad!
LUCAS. ¿Qué piensas de tal suceso?
ENRIQUE. ¿Qué he de pensar? Yo confieso
que es grave la enfermedad.
LUCAS. ¿Qué haremos, sobrino?
ENRIQUE. ¿Quién
podrá encontrar buena traza?
¿Una partida de caza
no podria hacerle bien?
LUCAS. Seguramente.
ENRIQUE. Sin miedo,
aborde usted la cuestion.
LUCAS. ¿Y á donde la espedicion?
ENRIQUE. A los montes de Toledo.
LUCAS. Convenido.
ENRIQUE. En ese caso,
es preciso no perder
tiempo; porque suceder
puede un tremendo fracaso.
LUCAS. ¿Qué perder tiempo? Mañana
estaremos de camino.
El juicio de mi sobrino
ha perturbado mi hermana.
Tomás... No viene: saldré
yo mismo á ordenarlo todo.
ENRIQUE. Me parece el mejor modo
de conseguirlo...
LUCAS. Sí á fé.

ESCENA IX.

ENRIQUE.

Esto marcha; siga el tio
sin vacilar mi consejo;
que asi á mi rival alejo
y queda el campo por mio.
Pronto lo sentimental

le pasó, y han de agradarse
cuando lleguen á encontrarse
él jovial y ella jovial.
En tan triste situacion
será un heróico remedio
ponerles tierra por medio
hasta mejor ocasion.

ESCENA X.

ENRIQUE.—ROSA.

ROSA. Primo...
ENRIQUE. Rosa. Muy turbada
vienes.
ROSA. Primo ¿no nos oyen?
ENRIQUE. No.
ROSA. Pues traigo una noticia
de una consecuencia enorme.
Consuelo es sentimental
otra vez...
ENRIQUE. ¿Sí? Tus temores
son infundados...
ROSA. ¿No ves
que ambos estarán acordes?
ENRIQUE. No.
ROSA. ¿Cómo?
ENRIQUE. Porque Fernando
no es sentimental.
ROSA. Entonces
han recobrado los dos
sus antiguas posiciones.
ENRIQUE. Cabalmente.
ROSA. En ese caso
no hay peligro...
ENRIQUE. Siempre corren,
en tiempos tan mercantiles,
un buen novio y un buen dote:
y estamos como al firmar
nuestras estipulaciones.
ROSA. Tienes razon. ¿Y qué piensas?
ENRIQUE. Prentendo evitar el golpe.

ROSA. ¿De qué modo?
ENRIQUE. Nuestro tio,
que solamente conoce
del carácter de Fernando
las frecuentes variaciones,
lo juzga loco; yo, viéndolo
tan obcecado y tan torpe,
le he aconsejado que vaya
con su sobrino á los montes
de Toledo, y que cazando.
le procure distracciones.
ROSA. ¿Y ha convenido?
ENRIQUE. Al momento
se marchó á dictar sus órdenes.
ROSA. Nos salvamos.
ENRIQUE. Nuestra prima
es fantástica, es muy jóven,
y algo podremos hacer
antes que Fernando torne.
ROSA. Formemos un plan.
ENRIQUE. No es tiempo
de arreglar sus pormenores,
y, en mi opinion, no nos faltan
urgentes ocupaciones.
Yo corro al lado del tio
para probarle el desórden
de la razon de Fernando:
tú, como puedas, componte
con Consuelo, para que
el cambio del primo ignore;
y haz valer con nuestra tia
mil especiosas razones
para que entre nuestros primos
toda conferencia estorbe.
ROSA. Así lo haré.
ENRIQUE. Que en ganando
esta tarde y esta noche,
me parece muy difícil
que mi intento se malogre.
ROSA. No te detengas.
ENRIQUE. Te tengo.
ROSA. Quedaremos...
ENRIQUE. Vencedores.

ESCENA XI.

ROSA.

Cuantos afanes nos cuesta
y cuantas tribulaciones
un matrimonio, en proyecto,
á las que nacemos pobres.
Para las ricas se abren
mil sensibles corazones,
que para las no dotadas
parecen de duro bronce.
Ninguno teme escalar,
si son doradas, las torres,
y el mas valiente se para
ante una puerta de roble.
Qué bien dijo aquel que dijo
que *don Félix in utroque*
es hoy el rey de los reyes,
y señor de los señores.
Pero de nada me sirven
estas tristes reflexiones,
y mejor será cumplir
de mi buen primo las órdenes;
que las quejas para el mundo
son pasageros rumores,
y en el espacio se pierden
mis tristes lamentaciones.

ESCENA XII.

ROSA.—FERNANDO.

FERN. (*Sin ver á Rosa.*)
Corro de aquí para allí,
y no la encuentro.
ROSA. Fernando.
FERN. (*Preocupado.*)
Prima, te andaba buscando.
(*Conociéndola.*)

¡Ah! Perdona, no era á tí.

ROSA. (Preocupado de tal suerte
está con sus fantasías,
que no me vió.) ¿Qué querias?

FERN. Nada. Me alegro de verte.

ROSA. ¿A quién buscabas?

FERN. No sé.

ROSA. Como al entrar me dijiste
que buscabas...

FERN. Sí: ¿lo oiste?
Perdona: me equivoqué.
(Impaciente.)
(¿Por qué no se irá de aquí?
Si ahora llegára Consuelo,
no lograria mi anhelo...)

ROSA. ¿Estás impaciente?

FERN. Sí.

ROSA. (No disimula su humor,
y ni un momento reposa...)

FERN. ¿Has visto á la tia, Rosa?

ROSA. Sí...

FERN. ¿Se encuentra algo mejor?

ROSA. ¿Pues qué, está enferma?

FERN. Cansada.
Ve á verla.

ROSA. (Qué groseria.
Quiere alejarme.)

FERN. La tia
está conmigo enojada.

ROSA. Ve á contentarla, Fernando.

FERN. Prepárala tú.

ROSA. (Le vende
su impaciencia.)

FERN. (No comprende
la prima que está estorbando.)
¿No vas?

ROSA. Iré. (Mas primero
he de afligirte reacia.)

FERN. Vé. (Su calma me hace gracia.)

ROSA. ¿Quieres estar solo?

FERN. Quiero.

ROSA. ¿Quieres que salga de aqui?
¿No es exacto?

FERN. ¡Qué sé yo!
ROSA. No has dicho al menos que no.
FERN. Tampoco he dicho que sí.
ROSA. En poco Fernando estima
á Rosa.
FERN. No hablemos mas
de ello.
ROSA. Bien. Me voy.
FERN. ¿Te vas?
ROSA. Adios, Fernando.
FERN. Adios, prima.

ESCENA XIII.

FERNANDO.

Vete con dos mil en pos
de á caballo, si tú quieres.
Cuando empiezan las mujeres
á hablar, que me asista Dios.
Con mis indirectas nada
comprende, insiste curiosa...
Vamos, la primita Rosa
es preguntona y pesada.
El quedarme solo no
vió que buscaba solícito;
pero estuve mas esplícito,
y al cabo me comprendió.
Es verdad que tanto anhelo
de un topo á la vista salta;
ahora solamente falta
que quiera venir Consuelo.
Cuatro letras la escribí,
proponiéndola una cita
aquí mismo: la primita
¿querrá presentarse aquí?
Si llegará la taimada,
picaresca y juguetona...
Vamos, la encuentro mas mona
con la frente despejada.
Aunque no la estaban mal,
tanto pueden sus hechizos,

los negros, sedosos rizos
y el aire sentimental.
Era nacarada flor,
delicada sensitiva,
pero animada y festiva
debe estar mucho mejor.
Pasa el tiempo, mucho tarda
y debió ser mas ligera...
Quien espera desespera,
y mas quien amando aguarda.
Pero en estando los dos
colocados frente á frente,
no dudo, suelto el torrente
y que me proteja Dios.
Oigo pasos. ¿Será ella?
Late el corazon violento.
Cruje la seda; la siento...
¡Ah! viene hácia aqui. ¡Y cuán bella!

ESCENA XIV.

FERNANDO.—CONSUELO.

CONS. *(Con timidez.)*
Primo...
FERN. Prima, te escribi
unas líneas atrevido.
Dime ¿las has recibido?
¿Están en tu poder?
CONS. Si.
FERN. (Parece triste.)
CONS. (Yo advierto
que está mi primo animado.)
FERN. (¿Habrá cambiado?)
CONS. (Ha cambiado.)
FERN. Ayer nos hablamos.
CONS. Cierto.
FERN. Y nuestra conversacion
tomó un giro tan estraño,
que exige, si no me engaño,
una franca esplicacion.
CONS. De tu mismo parecer

soy...

FERN. Pues empezar me toca.
Tú ayer parecias loca.
CONS. Tú mústio estabas ayer.
FERN. Tu acento melodioso
perdió su dulce armonía.
CONS. Yo tampoco conocia
tu carácter bullicioso.
FERN. Muy ridículo debí
ser á tus ojos, cambiando.
CONS. La misma opinion, Fernando,
debiste formar de mí.
FERN. Un funesto desvarío
nos trasladó á campo ageno.
CONS. Sí.
FERN. Yo he vuelto á mi terreno.
CONS. Tambien yo estoy en el mio.
FERN. En la mano el corazon
hablemos, prima querida;
pues la ocasion nos convida.
¿No es cierto?
CONS. Tienes razon.
FERN. ¿Quieres decirme sin lucha,
sin vacilacion, con calma;
los misterios de tu alma?
CONS. Sí.
FERN. Pues habla pronto.
CONS. Escucha.
Yo soy débil, soy un ser
que hallo en el curso del dia
horas de melancolía
y momentos de placer.
Amando la soledad,
he dado siempre á mis sueños
mas ó menos halagüeños,
la fuerza de la verdad.
Mi imaginacion ardiente
puso tesoros de amor
en un pájaro, una flor,
una estrella ó una fuente.
Y, en las megillas el llanto,
de pena me consumia,
si la fuente no corria

ó el ave dejaba el canto.

FERN. Consuelo...

CONS. De mi jardin
vagando entre los rosales,
aprendí las orientales,
medité con Lamartin.
Y admiraba la belleza
del poético pincel,
porque retrataba fiel
mi amada naturaleza.

FERN. Prima...

CONS. Para entre los dos
¿puede ser indiferente
lo que retrata fielmente
las grandes obras de Dios?
Vestida con estas galas,
animada con su aliento,
el mundo del pensamiento
osé cruzar con mis alas.
Y en ese mundo encontré,
Fernando, yo te lo juro,
un amor ardiente y puro,
una inmarcesible fé.
Amor que no lleva en pos
la imágen de ningun hombre:
amor que no tiene nombre,
pero que es hijo de Dios.
(Pausa.)
Esto he sido. Notarás
en la verdad de mi acento
que ni te engaño ni miento.
Esto he sido y nada mas.
¿Callas?

FERN. Estoy escuchando
tu eco y estasiado estoy.

CONS. Ya te he dicho lo que soy.
Dime lo que eres, Fernando.

FERN. En revuelto torbellino
pasé mi infancia, Consuelo;
y la voluntad del cielo
me condujo á ser marino.
Vivo de imaginacion,
turbulento y arrojado,

miré siempre con agrado
mi arriesgada profesion.
Compañeras de mi vida,
vi una hermana en cada ola,
y en la bandera española,
una constante querida.
Obligado á dominar
encontrados elementos,
el lenguage de los vientos
estudié en medio del mar.
Y, sobre el timon mi mano,
marcando el rumbo con tino,
arranqué al cielo un camino
y obediencia al oceano.
Mas, cuando me daba enojos
alguna idea importuna,
tambien clavaba en la luna,
turbios de llanto mis ojos...
Pues no soterra el cañon
ni seca el árido viento,
la fuente del sentimiento
que brota del corazon.
(Pausa.)
¿Lloras?...

CONS. Sí, primo.

FERN. Me aterra
ese llanto, prima mia.

CONS. ¡Oh! ¡Fernando, mas poesía
hay en el mar que en la tierra!

FERN. ¿Sí?

CONS. Sí, Fernando.

FERN. Esto fui.
¿Quieres saber lo que soy
ahora que á tu lado estoy?
¿No quieres saberlo?

CONS. Sí.

FERN. Pues soy...

CONS. Un momento espera.
(Siento el fuego que me inflama.)

FERN. Soy un hombre que te ama
mucho mas que á su bandera.

CONS. Fernando, por compasion,
calla, calla.

FERN. ¿Y á ese hombre
dices...?
CONS. Que ya tiene nombr
mi misteriosa pasion.
FERN. *(Cayendo de rodillas.)*
¡Ah!
CONS. ¿Qué haces?
FERN. Besar tu mano
con amante frenesí.
(Se levanta.)
¿Estás contenta?
CONS. Sí, si,
FERN. Adios, adios, oceano.
CONS. ¿Te despides?
FERN. Que le cuadre
mi despedida amorosa;
pues, para tomar esposa,
el hijo deja á su padre.
CONS. ¿Cómo podré agradecerte
tan noble resolucion?
FERN. Dándome tu corazon.
CONS. Lo tendrás hasta la muerte.
FERN. *(Tirando de las campanillas.)*
Gracias.

ESCENA XV.

FERNANDO.—CONSUELO.—DON LUCAS.—ENRIQUE, *por el foro.*—DOÑA BEATRIZ *y* ROSA *por la izquierda. Todos llegan muy azorados.*

LUCAS. ¿Qué es esto?
PRAG. ¿Qué es esto?
FERN. Nada.
Presento á ustedes mi esposa.
LUCAS. (Pues, loco...)
ENRIQUE. *(Aparte.)*
(¿Qué es esto, Rosa?)
ROSA. *(Aparte.)*
(Que perdimos la jugada.)
LUCAS. *(A Fernando.)*
Reflexiona... (Estoy turbado.)

FERN. Nada.
LUCAS. ¿Estás loco?
FERN. Señor,
estaba loco de amor
y Consuelo me ha curado.
¿No es cierto?
CONS. Sí: es la verdad.
FERN. Casándonos los dos primos,
de nuestros padres cumplimos
la postrera voluntad.
PRAG. ¿Se casan?
FERN. Sí.
LUCAS. Si no es broma,
cálmate, sobrino, y piensa
que necesitais dispensa.
FERN. Enviaré por ella á Roma.
¿Quieres ir, Enrique?
ENRIQUE. ¡Yo!
FERN. Quiero que venga muy pronto.
Anímate, no seas tonto.
ENRIQUE. ¡Ir yo á Roma!
FERN. ¿Por qué no?
Una idea luminosa
se me ocurre.
PRAG. ¿Contra quién?
FERN. *(A Enrique.)*
Tráete la tuya tambien
para casarte con Rosa.
¿No quieres?
ENRIQUE. Aunque el deseo
mas decidido me sobre,
ella es pobre, yo soy pobre...
FERN. Yo te buscaré un empleo.
Y no lo pasareis mal.
Dotaré á mi prima hermosa.
CONS. No, Fernando, para Rosa
la mitad de mi caudal.
FERN. No lo consentiré así.
Todo saldrá de mi haber,
que el dote de mi mujer
es sagrado para mi.
(A Rosa.)
¿Consientes?

ROSA. Sí.
LUCAS. Estoy en Bábia.
Esto pasa por encanto.
Tú Prágedes, entre tanto
tendrás...
PRAG. ¿Qué he de tener?
LUCAS. Rabia.
PRAG. ¿Yo?
LUCAS. Se casan y es razon...
Tú estás...
PRAG. No me gustan cosa
los casamientos en prosa,
y estos, hermano, lo son.
FERN. Lo siento, querida tia;
pero esté usted muy segura
de que habrá mucha ternura,
y el amor tiene poesia.
(A Consuelo.)
Siempre un cariño profundo
en el alma guardaremos,
y jamas nos fingiremos...
CONS. Primo, por nada del mundo.
Pues vemos con claridad
que, aunque con buena intencion,
nos alejó una ficcion
y nos une la verdad.

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 7 de junio de 1853.

Examinada por el Sr. Censor de turno, puede representarse.

Benavides.

[illegible] español, impresa en italiano, francés, inglés y alemán. Esta *Guía* se dará de regalo al fin de la obra á los señores suscritores que hayan cumplido con su compromiso.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El precio de suscricion será cuatro reales en toda España; Europa estranjera cinco reales, y en la América española y estranjera ocho reales cada entrega de 16 páginas, comprendiendo las láminas sueltas, vistas y mapas. Se reparte en cada entrega una lámina por separado del texto; y durante la publicacion de la obra el *Gran Mapa General de España*, del tamaño de cuatro metros próximamente, que los editores repartirán á sus suscritores por solo 10 reales adelantados.

Se suscribe en Madrid, en la Direccion, Redaccion y Administracion, CALLE DE LAS HUERTAS, número 40, principal, y en las principales librerías del reino y del estranjero. (*Se repartirán las Crónicas de las provincias atrasadas*).